

Fijaciones políticas y trasfondo de la acción: movimientos dentro/fuera del socioconstruccionismo

Political fixations and action background: movements inside/outside socioconstructionism

José Enrique EMA LÓPEZ

Universidad de Castilla-La Mancha
je.ema@arrakis.es

Silvia GARCÍA DAUDER

Universidad Rey Juan Carlos
dauder26@hotmail.com

Juan SANDOVAL MOYA

Universidad de Valparaíso
juan.sandoval@uv.cl

RESUMEN

El socioconstruccionismo ha propuesto desde la psicología social una metateoría para tratar de superar el esencialismo y el objetivismo de la teoría social predominante. El carácter «antiautoritario» y «liberador» del socioconstruccionismo se planteó de la mano de su capacidad para desenmascarar los presupuestos esencialistas y objetivistas que reificaban y naturalizaban el mundo como extra-humano y por lo tanto inevitable. Sin embargo, esta promesa de liberación se ha visto debilitada al atender sólo a una dimensión destructiva, que desvela las huellas de la acción humana en la construcción de la realidad, pero que puede dificultar la posibilidad de legitimar y/o proponer otros mundos alternativos a aquellos que se desconstruyen.

Mediante la metáfora de la construcción se han generado un conjunto de argumentos centrados en procesos sociales-humanos que han dificultado pensar sobre el trasfondo semiótico-material en el que participan y se articulan actores humanos y no humanos y en el que se produce toda «construcción social de la realidad». Así, en este trabajo hablamos del «construccionismo omnipotente» que parece declarar que el mundo se genera ex novo en cada acción, como si estuviera sometido a un «big-bang» permanente.

Este artículo desarrolla una revisión crítica sobre las prácticas políticas que posibilita o cierra el discurso socioconstruccionista. Para ello, después de exponer sus elementos centrales, se presentan diferentes críticas desde la afirmación del carácter «omnipotente» del tipo de construcción de la realidad que proponen algunas posiciones socioconstruccionistas sacando a las humanas del mundo, olvidando la agencia de actores no humanos y obviando la presencia de un trasfondo semiótico material para la acción. En la tercera parte de este trabajo se ofrecen algunas propuestas a partir de las críticas planteadas desde el reconocimiento de la urgencia de hacer política desde lo contingente y lo parcial.

ABSTRACT

Socioconstructionism has proposed on the field of social psychology a metatheory to overpass the mainstream social theory's essentialism and objectivism. The «anti-authoritarian» and «emancipator» character of socioconstructionism arose from its capacity to unmask the essentialist and objectivist assumptions that reified and naturalized the world as extra-human and therefore inevitable. However, this liberatory promise has been weakened by attending just to one deconstructive dimension that unveils the tracks of human action in the construction of reality. The exclusive attention to this dimension can eventually endanger the possibility to legitimate and/or propose alternative worlds to those already deconstructed.

Through the metaphor of construction it has been generated a body of arguments closed within social-human processes. This has prevented thinking on the material-semiotic background where human and non-human actors participate and articulate with each other, and where all «social construction of reality» is produced. In that sense, we talk about «omnipotent constructionism» which seems to state the world is generated ex novo in every action as in a permanent «big-bang».

This article develops a critical revision on the political practices social constructionist discourse facilitates or forecloses. In that direction, after describing its central elements, different critiques are presented on the «omnipotent character» of certain social constructionist positions: taking humans off the world, forgetting non-human actors' agency and obviating the semiotic-material background of action. Finally, from these critiques we offer some proposals recognizing the urgency of doing politics from partial and contingent positions.

SUMARIO 1. La metáfora de la construcción como «big bang» permanente. 2. ¿O la totalización objetivista o el relativismo ingenuo y paralizante?. 3. Sobre la acción y su metáfora como construcción. 4. Deconstrucción y emancipación. 5. ¿Desestabilizar el significado versus transformar la estructura? 6. Referencias bibliográficas.

Las grandes rupturas, las grandes oposiciones, siempre son negociables; pero la pequeña fisura, las rupturas imperceptibles que vienen del sur, esas no

Gilles Deleuze

I

El socioconstruccionismo se autodefine como una psicología social crítica (Tomás Ibáñez, 1997). La mayoría de sus agendas teóricas se organizan en torno a una actividad analítica de los fundamentos epistemológicos de la psicología social tradicional representada canónicamente por el empirismo lógico y el racionalismo cognitivista, haciéndose eco de este modo de los planteamientos fundamentales propuestos por un conjunto de movimientos de crítica a la ciencia moderna (Kenneth Gergen, 1985, 1996; Ibáñez, 1997). Esta ocupación del territorio de la metateoría como objeto de sus críticas, difumina los límites del

socioconstruccionismo al entrelazar sus planteamientos con los debates contemporáneos sobre epistemología, ontología y política, todos ámbitos que exceden con mucho las áreas de estudio de la psicología social clásica.

Las nociones de inestabilidad y cambio promovidas por la crisis de la noción de verdad como correspondencia con la realidad y por la crítica al discurso empírico en tanto narrativa que no cuenta con fundamentos racionales para solventar su superioridad epistemológica sobre otras formas de conocimiento científico, han puesto en tela de juicio el núcleo de inteligibilidad¹ fundamentador de la psicología social dominante en el siglo XX. El socioconstruccionismo, manteniendo su clara inspiración

¹ Según Gergen la idea de núcleo de inteligibilidad corresponde a un cuerpo de proposiciones compartidas en los diferentes enclaves científicos, el cual propone una gama de hechos particulares, una ontología que los fun-

posmoderna se inscribe en el proyecto de formular una psicología de la construcción social, en la cual se incorpora una noción de «acción discursiva» (Eduardo Crespo, 1995), y se eliminan las nociones de realidad ontológica y procesos mentales. De este modo, siguiendo el planteamiento de Gergen (1996), el socioconstruccionismo respondería a un intento metateórico por construir una alternativa a la dominación del empirismo en la epistemología, del conductismo y del cognitivismo en la teoría y del experimentalismo en la metodología, la trilogía fundamentadora de la inteligibilidad científica de la psicología moderna.

En la base del planteamiento socioconstruccionista encontramos una crítica radical a dos creencias fundamentales de la inteligibilidad de la epistemología moderna, a saber: la idea de que la realidad existe con independencia de la acción humana; y la noción de que podemos producir un lenguaje referencial que actúa reflejando o representando la realidad tal cual es. El cuestionamiento a la primera idea está basado en el entendimiento de que en el proceso de conocer la realidad, intervienen múltiples procesos de mediación entre nosotros² y lo que llamamos realidad, de modo que nunca podemos saber cómo es el mundo con independencia de dichas mediaciones. De aquí que el socioconstruccionismo sostenga que lo que tomamos como objetos naturales en nuestra vida cotidiana no son sino objetivaciones que resultan de nuestras convenciones y de nuestras prácticas lingüísticas (Ibáñez, 2001).

La segunda crítica tiene que ver con el cuestionamiento de la idea de una representación como espejo/reflejo de la realidad. El representacionismo a juicio de autores como Gergen e Ibáñez, implica que siempre existe la posibilidad de definir el grado de verdad de lo que creemos conocer contrastándolo con la realidad misma, esto implicaría que la crítica sustantiva a la no-

ción de representación refiere a su carga pictórica o fotográfica, es decir a la idea de que nuestros conocimientos nos pueden suministrar guías, imágenes o representaciones apropiadas sobre cómo es de verdad el mundo externo.

Sobre la base de esta doble crítica, el socioconstruccionismo aparece como una promesa de liberación y emancipación frente a los efectos autoritarios de la psicología predominante. El aval de la promesa de la liberación por llegar, por «construir», venía de la mano de un conjunto de cambios culturales de lo que se estaba empezando a denominar como postmodernidad³ y partía de una posición ontológica antisencialista y un relativismo epistemológico y sociológico. Estos presupuestos permitieron criticar a la psicología del momento, declarándola en crisis desde la consideración de las implicaciones políticas, mantenedoras del *status quo*, que se asociaban a la pretendida apoliticidad de la psicología en cuanto que ciencia objetivo positivista (el uso que después de la ciencia se hiciera de sus verdades ya estaba fuera de la ciencia misma). Paradójicamente, las críticas antes señaladas a los presupuestos epistemológicos de la modernidad ilustrada, convivían con el reconocimiento y profundización de sus propuestas emancipadoras. Desde entonces la ética y la política han sido escenarios recurrentes en las batallas incruentas en las que se han confrontado posiciones socioconstruccionistas con una amplia lista de detractoras. Esta pretensión emancipadora queda reflejada en las siguientes palabras de Ibáñez:

Pero si la dimensión normativa y política desborda el uso que hacemos de nuestros conocimientos y se inscribe en el propio conocimiento que construimos, entonces es nuestra responsabilidad elegir, insisto «elegir», el tipo de conocimiento que queremos producir: un conocimiento de tipo autoritario, alienante, normalizador, que pase a formar parte de los múltiples dispositivos de dominación que encorsetan a la gente, o por el contrario, un conocimiento de tipo li-

damenta y una estructura metodológica para hacer inteligible y verificable dicha ontología. Al respecto ver Gergen (1996).

² Para llamar la atención sobre el carácter androcéntrico del uso del lenguaje en las ciencias sociales hemos optado por utilizar el femenino como categoría no marcada.

³ Jean-François Lyotard (1989) sostiene la hipótesis de que el saber (o estado del conocimiento) cambia de estatuto al mismo tiempo que las sociedades se incorporan a una nueva época llamada posindustrial y los climas culturales a una nueva era llamada posmodernidad. En las ciencias sociales este discurso teórico se expresa en el desarrollo de una profunda crítica a los así denominados metarrelatos, o grandes categorías discursivas de carácter trascendental que la modernidad se ha forjado para interpretar y normar la realidad.

bertario, emancipador, que aporte su granito de arena a las luchas de las gentes contra la dominación (...) Para hacer de la psicología una práctica libertadora basta con construirla en oposición a los presupuestos que hacen de ella un arma de dominación. Ni más ni menos. El único mérito del construccionismo es que aporta elementos para avanzar en esa dirección (2001: 246 y 247).

De este modo, el objetivo del presente artículo es desarrollar una revisión crítica de las prácticas políticas que posibilita o cierra el discurso socioconstruccionista. En este sentido, no es nuestra intención delimitar un territorio para luego poder criticarlo como un todo, sino utilizar como pretexto algunas de las afirmaciones realizadas desde posiciones socioconstruccionistas para pensar la necesidad de hacer política desde lo contingente y lo parcial. El tipo de afirmaciones, ambigüedades y omisiones que comentamos en este artículo, se refieren a la ontología socioconstruccionista y a sus implicaciones políticas.

Bajo la denominación «construccionista/tivista» han existido múltiples desarrollos teóricos en los distintos ámbitos de las ciencias¹. sin embargo, en este trabajo consideramos como objeto de análisis los planteamientos de Kenneth Gergen y Tomás Ibáñez, al constituir autores de referencia ineludible en el marco de la psicología social contemporánea. Atendiendo a una posición que se podría identificar como socioconstruccionista, asumimos que describir es en cierta medida construir, y que esta construcción-descripción abre determinados cursos de acción y ciega otros. En nuestro caso, haciendo explícita esta dimensión constructiva y pragmática queremos utilizar este trabajo para reflexionar sobre determinados aspectos de la teoría social que en última instancia nos van a permitir situar nuestras prácticas científicas.

Nos situamos dentro/fuera del socioconstruccionismo porque somos herederas y deudas de las ideas que desde posiciones «construccionistas» se han vertido sobre la ciencia, la psicología y la sociedad. Pero también reconocemos la historicidad de la propuesta socioconstruccionista, vinculada a un contexto determinado de debates y luchas epistémico-políticas. Hoy tenemos ya a las posiciones socioconstruccionistas para poder dialogar con ellas y a partir de ellas -este monográfico es un claro ejemplo-, y es desde estos «movimientos» y en contextos socio-epistémicos diferentes a los de su emergencia, que revisamos sus posibilidades e imposibilidades político-emancipatorias.

II

El socioconstruccionismo constituye en nuestra opinión el esfuerzo más interesante que ha hecho la psicología social por proponer una metateoría de la construcción social capaz de superar el esencialismo y objetivismo de la teoría social tradicional. Sin embargo, en su pretensión de enfrentarse al objetivismo, el planteamiento socioconstruccionista ha generado en sus explicaciones del proceso de constitución de la objetividad, argumentos centrados en procesos sociales-humanos que postergan la posibilidad de incluir en su teorización otras visiones capaces de hacer explícito que *todo acto de construcción se realiza desde y sobre un contexto semiótico-material sedimentado como «realidad» y encarnado en formas de «subjetividad»*. Es por esto, que en el presente apartado nos proponemos asumir una revisión crítica hacia aquellos postulados que constituyen la base de lo que denominamos como «construccionismo omnipotente».

¹ Existen varios movimientos que han enfatizado la raíz «constructiva» para denominar sus planteamientos teóricos al interior de las ciencias sociales y humanas, sin embargo estas diversas escuelas no han constituido una corriente de pensamiento homogénea y, por el contrario, es posible argumentar diferencias epistemológicas, ontológicas y políticas entre todas ellas. Como nos lo ilustra el propio Ibáñez: «En la galaxia construccionista encontramos, por supuesto, el construccionismo social (Gergen y otros), encontramos el constructivismo filosófico (Goodman y compañía), encontramos el constructivismo de la escuela de Palo Alto (Watzlawick, Bateson), encontramos el constructivismo de las terapias sistémicas, encontramos el constructivismo en la biología del conocimiento (Maturana y Varela). Encontramos el construccionismo sociológico (Berger y Luckman, pero también Luhman en una versión más sistémica), encontramos el construccionismo evolutivo (Piaget, etc.). Repito, la galaxia constructivista se está expandiendo enormemente y, claro, todo esto que acabo de enumerar, pues, representa unos planteamientos muy dispares, muy diversos» (1996: 96).

El socioconstruccionismo representa un rechazo radical al «realismo metafísico» según el cual existiría un mundo independiente de nuestros conceptos y representaciones, con una estructura determinada, posible de ser representada correctamente y en forma objetiva refiriéndose a objetos realmente existentes y a sus propiedades. Pero en este rechazo al realismo metafísico, el socioconstruccionismo ha facilitado la extensión de esta crítica a toda forma de *realismo de sentido común*⁵, recreando una dicotomía entre realidad y construcción, en donde «construcción», en tanto que opuesto a realidad, se puede asociar en diferentes contextos a irreal o inmaterial. Nuestra propuesta pasa por conciliar la dimensión construida de la realidad con su presencia «real» y «objetiva» en la vida cotidiana. El mundo construido es «real» para las personas que viven en él. Como dice Celia Kitzinger:

Las categorías que una sociedad usa, independientemente de lo arbitrarias y *ad hoc* que puedan ser sobre bases puramente lógicas, e independientemente de lo histórica y culturalmente variables que puedan ser, son "reales" para la sociedad que las usa, y afectan a nuestras vidas de forma tangible y real. (1999: 60).

Esta visión socioconstruccionista de la realidad es condición de posibilidad del «construccionismo omnipotente», al aparecer el mundo como consecuencia «sólo» de la acción humana. Como señala el mismo Ibáñez:

Somos nosotros quienes instituímos como objetos los objetos de los que aparentemente está hecha la realidad. El objeto no genera nuestra representación de él sino que resulta de las prácticas que articulamos para representarlo (2001: 234).

De este modo, el socioconstruccionismo cancela a través de su silencio ontológico (Gergen, 1996) toda preocupación por el contenido «real» de nuestras construcciones. Pareciera que sobre el contenido de la «realidad»

no se puede decir nada, salvo cómo se construye discursivamente. El problema es entonces, no sólo mantener la denuncia formulada a la pretensión del realismo metafísico de operar con la perspectiva del «ojo de dios» (Hilary Putnam, 1994), sino también la urgencia de problematizar políticamente una posición relativista ingenua⁶, contenida por afirmación u omisión en algunos desarrollos socioconstruccionistas, al formular una posición que en palabras de Donna Haraway (1995) tiene la curiosa cualidad de estar en ningún sitio mientras pretende igualmente estar en todas partes, imposibilitándonos comprender los ejercicios de fijación que realizamos cada vez que construimos un sentido social.

1. La metáfora de la construcción como «big bang» permanente

Nuestra primera crítica al socioconstruccionismo se refiere a su dificultad para incorporar en su análisis aquellas sedimentaciones y constricciones semiótico-materiales objetivadas, y que permanecen «opacas» en el análisis de la discursividad. Sostenemos en este sentido, que el socioconstruccionismo en su esfuerzo teórico por desmontar las ingenuidades realistas dominantes en las ciencias sociales, y frente al riesgo de reificar un mundo previo a la acción humana, ha creado una metáfora de la «construcción» que opera con una naturaleza final: el discurso, y un lugar último para su producción: lo social, ubicándola en una suerte de omnipotencia social, que omite a otros «agentes» del proceso de significación (Miquel Domènech, 1998). Considerar que la realidad no puede ser previa a la acción humana de transformarla/conocerla no implica que sea *sólo* una consecuencia de ésta, olvidando ¿negando? las constricciones culturales-históricas-materiales en las que se

⁵ Ver, por ejemplo, la tesis del «realismo pragmático» desarrollada en Putnam (1994).

⁶ La «ingenuidad» a la que nos referimos hace equivalentes todas las posibles opciones políticas partiendo de la base de que ninguna puede privilegiar sus fundamentos frente a otras al ser todos ellos relativos a una comunidad particular. Si bien no es fácil encontrar quien sostenga esta posición «extrema», lo que queremos poner de manifiesto es la ausencia de matización en algunas autoras socioconstruccionistas sobre determinadas afirmaciones que sí implicarían el tipo de relativismo que estamos criticando.

construye, dando la impresión de que la realidad se crea *ex novo* en cada interacción lingüística.

Si consideramos los planteamientos específicos de Ibáñez y Cergen, podemos ejemplificar claramente estas dimensiones del «construccionismo omnipotente»:

Lo que tomamos por objetos naturales no son sino objetivaciones que resultan de nuestras características, de nuestras convenciones y de nuestras prácticas (...) la realidad existe, está compuesta por objetos, pero no porque esos objetos sean intrínsecamente constitutivos de la realidad sino porque nuestras propias características los ponen, por así decirlo en la realidad (Ibáñez, 2001: 233 y 234).

En este mismo sentido, Cergen nos señala:

Los términos con los que damos cuenta del mundo y de nosotros mismos no están dictados por los objetos estipulados de este tipo de exposiciones (1996: 72).

Desde nuestra perspectiva, el problema está en que estos planteamientos soslayan que los procesos de construcción social deben ser analizados en un contexto semiótico-material en el que el sentido de la acción se adquiere en una trama de prácticas de significación sedimentadas como tradiciones y formas de vida (Wittgenstein, 1988). Es decir, si se asumiera en toda su radicalidad la metáfora de la «construcción», podríamos pensar por tanto que un hecho es construido (en su dimensión semiótico-material) en las prácticas reales de significación, y que como todo acto de construcción requiere «materiales» del trasfondo de prácticas y creencias que se han sedimentado y encarnado en nosotras mismas.

El «trasfondo» refiere al contexto semiótico-material de constricciones que actúan como condición de posibilidad de los procesos de dotación de sentido⁷. Así, Fernando J.

García Selgas (1994) analiza el trasfondo del sentido poniendo en confluencia un «marco expresivo» ligado a las dimensiones de la significación y la intencionalidad, y un «marco normativo» asentado en las sedimentaciones históricas de la estructuración, de modo que ubica la acción en un entramado de disposiciones y prácticas encarnadas en el cuerpo y compartidas en una forma de vida. En sus propias palabras:

La propuesta básica es que la intencionalidad (o configuración individual del sentido) y el juego del lenguaje (o configuración pública del sentido) (...) se asientan en un marco de sentido producido y reproducido en la práctica social, cuya consideración analítica es metodológicamente imprescindible para la comprensión de la acción (1994: 497).

De este modo, el trasfondo no constituye nada de antemano, no representa ninguna esencialidad, sino más bien constituye una red en la cual se relacionan agencias humanas y no humanas, y formas de prácticas semiótico-materiales constituyentes de, y constituidas en, un proceso contingente de articulación. El concepto de trasfondo nos permite llamar la atención sobre el sustrato semiótico-material de la acción, entendiendo ésta como un proceso en el que se articula una red de agencias humanas y no humanas que se (re)construyen mutuamente. Para el socioconstruccionismo las *únicas* actrices de las que depende el proceso de construcción social de la realidad son humanas, con capacidad de significar a través del lenguaje. Como alternativa a la visión socioconstruccionista, nosotros recogemos las ideas sobre la agencia desarrolladas en torno al concepto de «actante»⁸. Este concepto opera en el nivel de la función, no del personaje, de modo que varios personajes (humanos y no humanos) de una narración pueden constituir una sola actante:

⁷ La noción de trasfondo refiere a un concepto sistematizado originalmente por J. Searle para dar cuenta del contexto que posibilita la acción intencional del sujeto. Este concepto de trasfondo es recuperado por García Selgas en el desarrollo de una perspectiva sociológica del análisis del sentido de la acción. Para este autor la acción significativa al constituir un momento en una corriente más general denominada práctica social, estaría situada en un marco de regularidades que la posibilitan como una acción (re)producida material y simbólicamente. Con el objeto de caracterizar las manifestaciones de ese marco de regularidades que posibilitan la acción el autor desarrolla un análisis e integración de las nociones de identidad, habitus y encarnación. Al respecto ver García Selgas (1994).

⁸ La denominación de «actante» es originaria de Greimas. En este texto nos referimos a ella a partir de los trabajos de Haraway (1999); Hawkes (1977 en Haraway, 1999) y Latour (2001).

Los actores no somos «nosotros». Si el mundo existe para nosotros como «naturaleza», esto designa un tipo de relación, una proeza de muchos actores, no todos humanos, no todos orgánicos, no todos tecnológicos (Haraway, 1999: 123).

Con el recurso a la noción de actante no pretendemos igualar las agencias humanas y no humanas. Como señala explícitamente Haraway:

Los no humanos no son necesariamente actores en sentido humano, sino que son parte del colectivo funcional que construye un actante. La acción no es tanto un problema ontológico como semiótico. Esto es quizá, en tanto que verdadero para humanos y no humanos, una forma de mirar las cosas que puede hacernos salir del individualismo metodológico inherente al hecho de concentrarse en quiénes son los agentes y los actores en el sentido de las teorías liberales de la agencia (1999: 156).

Desde nuestra perspectiva, el mundo es básicamente contingente a las articulaciones que se producen entre las prácticas de significación que tienen la cualidad de (re)construir el mundo y el trasfondo del cual forman parte. Sin embargo, el planteamiento socioconstruccionista omite estas dimensiones a partir de su exclusión del proceso de construcción de las agentes no humanas y de las sedimentaciones materiales que nos posibilitan la acción. Ilustremos esto último con una cita de Ibáñez:

Desde esta concepción el ser humano vuelve a ser, como lo quería Protágoras, la medida de todas las cosas. Pero lo que reviste quizás más importancia es que si la realidad, la única realidad que existe, la nuestra, es como es porque nosotros somos como somos, entonces queda en nuestras manos, y sólo en nuestras manos, la posibilidad de construirla de otra forma (2001: 52).

Gergen agrega:

Las exposiciones del mundo y del yo pueden sostenerse con independencia de las perturbaciones del mundo que están destinadas a describir o explicar (1996: 75).

Parceira que el discurso socioconstruccionista nos propone que el mundo no es independiente de nosotras, pero nosotras sí somos independientes del mundo. Nos parece insuficiente este planteamiento, asumimos radicalmente su crítica a la ingenuidad de que el mundo sea absolutamente independiente de nuestras prácticas de significación, pero nos resulta prio-

ritario señalar también que, *así como el mundo no es independiente de nuestras acciones, tampoco nuestras prácticas de significación son absolutamente independientes del mundo sedimentado*. Se derivaría así del socioconstruccionismo una cierta unidireccionalidad subjetivista en la cual «nosotras» nos separamos del mundo para representarlo y así crearlo. De esta forma el dualismo sujeto-objeto que se ha disuelto en una dirección, vuelve a bifurcarse en la otra.

2. ¿O la totalización objetivista o el relativismo ingenuo y paralizante?

El socioconstruccionismo desde su preocupación metateórica ha vinculado el potencial opresor de la psicología dominante con sus presupuestos realistas metafísicos sobre el mundo y el conocimiento. El carácter «antiautoritario» y «liberador» del socioconstruccionismo vendría, por tanto, de la mano de su capacidad para desenmascarar estos presupuestos que reifican y naturalizan el mundo como extra-humano y por lo tanto inevitable (Ibáñez, 1996, 1997, 2001). Sin embargo, esta promesa de liberación se ha visto debilitada al atender sólo a una dimensión destructiva que desvela las huellas de la acción humana en el proceso de construcción de la realidad y derriba la idea de una realidad «dada» como mera presencia y exterior a las prácticas humanas. Así, el socioconstruccionismo ha recibido la acusación de dificultar la posibilidad de legitimar y/o proponer otros mundos posibles alternativos a aquellos que se desconstruían. En la medida en que se asumen reflexivamente los mismos principios relativistas sobre el conocimiento, se bloquea la posibilidad de privilegiar éticamente determinadas versiones de la realidad frente a otras:

¿Cómo podemos decir, por ejemplo, que ciertos grupos están oprimidos, si estos grupos y su opresión son construcciones que no pueden ser consideradas más verdaderas que otras? (Vivien Burr, 1998: 14).

Si como asume el socioconstruccionismo, nada puede ser fundamentado al margen de los juegos del lenguaje en los que se inscribe la propia fundamentación ¿cómo es posible op-

tar por un juego del lenguaje determinado para transformar la realidad?

El mapa del conflicto planteado hasta aquí quedaría de esta manera: por un lado, las posiciones realistas metafísicas que defienden una idea fuerte de objetividad como un requisito para la acción política, y por otro, aquéllas que sitúan precisamente al propio realismo metafísico como obstáculo para las políticas emancipadoras. En nuestra opinión, la cuestión central que provoca esta visión como dicotomía excluyente, se refiere a la necesidad, o no, de un fundamento normativo último para poder transformar el mundo en el que vivimos en una dirección emancipadora. Abordar esta cuestión necesita una reflexión más amplia sobre las conexiones entre ontología, epistemología, ética y política. Esto es lo que esquemáticamente vamos a tratar de desarrollar a continuación.

Tomamos como punto de partida la imposibilidad de un lugar privilegiado para la fundamentación ni desde la ontología (la realidad tal cual es—; ni desde la epistemología (una determinada manera de conocer—; ni tampoco desde la ética como filosofía primera. Sin embargo, en nuestra opinión, este reconocimiento no cierra las puertas a la acción política. Es más, la ausencia de fundamentos últimos deja lo político abierto al conflicto como su elemento característico y constitutivo (Chantal Mouffe, 1999). Llevando a sus últimas consecuencias estos argumentos, *consideramos que tampoco los propios presupuestos ontológicos (antiesencialismo) y epistemológicos (relativismo epistemológico) del socioconstruccionismo permiten derivar necesariamente una posición política emancipadora. Estos presupuestos pueden alentar una posición política emancipadora, pero también una conservadora*⁹.

Veamos con más detalle porqué consideramos que la ausencia de fundamentos últimos es condición de posibilidad de lo político. Al igual que el socioconstruccionismo mantenemos una mirada antiesencialista sobre la realidad, ésta es en última instancia contingente. La objetividad está abierta, saturada de sentido y conexiones que expanden, y limitan a la vez, sus significados posibles. El reconoci-

miento de esta naturaleza contingente permite un doble movimiento: éste es la condición de posibilidad de lo político.

El primer movimiento, de *desestabilización*, se pone de manifiesto al reconocer esta contingencia e inestabilidad constitutiva de la realidad. No es posible una fijación definitiva del sentido, un desvelamiento de una esencia última de la realidad. Ningún objeto, ninguna identidad, ninguna estructura, puede ser constituida plenamente —por sí misma— sin recurrir a una relación mediante el establecimiento de diferencias. Por lo tauto, cualquier presencia, cualquier estabilidad dada es susceptible de ser desestabilizada, al menos, como operación lógica, en tanto en cuanto ésta no está dada positivamente como efecto de ninguna ley inmutable u originaria.

El segundo movimiento es el de *fijación* del significado. Al no estar dado de antemano, puede y necesita ser fijado para «significar», para constituirse como objetividad. Así entendido el significado supondría la cristalización (aunque sea momentánea y parcial) de una determinada relación entre significantes. La fijación es posible ¡y necesaria! precisamente porque la «realidad» es en última instancia contingente, pero a la vez ésta aparece como objetividad dada en nuestra vida cotidiana al presentarse como hechos y objetos exteriores a nosotras.

Esta fijación del significado no es el resultado de la emergencia de una esencia oculta sino el producto de una fuerza y violencia: no por contravenir una Racionalidad previa o una esencia dada de antemano, sino por detener el movimiento infinito de diferencias que lo constituye. Las fijaciones del significado —es decir, estos actos de fuerza— pueden ser tan poderosos y/o sedimentados en el tiempo mediante su repetición performativa que la objetividad se perciba como independiente del proceso violento que la ha dado lugar.

Estos dos movimientos ponen de manifiesto que los procesos de institución de la objetividad están abiertos al poder y a la exclusión. Nos revelan también la historicidad radical del proceso de constitución de la objetividad. *Fijación y desestabilización* ocurren siempre en

⁹ Por ejemplo, argumentos socioconstruccionistas han servido para cuestionar el racismo biológico, pero también para sustentar formas de racismo cultural. Ver en este monográfico el trabajo de Carmen Romero Bachiller.

y frente a un trasfondo constituido y sedimentado a lo largo del tiempo.

El momento de fuerza y violencia, en el que se hace evidente el carácter contingente de la objetividad es lo que denominamos siguiendo a Ernesto Laclau (1993) «*lo político*». «Lo político» en tanto que proceso de re-producción y transformación de las relaciones sociales y del mundo no puede ser localizado en un ámbito determinado de la vida social, para eso «*la política*» (Mouffe, 1999), ya que «lo político» se refiere precisamente a los procesos de institución de la objetividad y éstos siempre están presentes en toda relación cotidiana. Por tanto, queda abierta la posibilidad y la necesidad de politizar toda acción en cualquier ámbito. Pero no es posible deducir de esta (im)posibilidad obligación ética ninguna.

¿Es inevitable derivar de esta posición antifundacionalista un relativismo ingenuo y paralizante que hace equivalente cualquier opción política? Pensamos que no. Nuestra reflexión no termina con el reconocimiento de lo que Jacques Derrida (1997) denomina lo «*indecidible*» (la urgencia de una decisión para la que no existen criterios posibles sobre su justicia); esta constatación no es para nosotras el final de cualquier proyecto de liberación. Es precisamente el inicio, el terreno en donde estamos plantadas y en donde debemos repensar nuestras posibilidades de acción. Ahora es cuando se abre necesariamente el campo a la responsabilidad y a la toma urgente de una decisión, y no ya como un proceso algorítmico en que podemos seguir una regla trascendental para decidir lo que ya estaba escrito como lo mejor. Según Laclau:

Vivimos como *bricoleurs* en un mundo plural, teniendo que tomar decisiones dentro de sistemas incompletos de reglas (incompleto quiere decir aquí indecidible) y algunas de estas reglas tienen un carácter ético. Es a causa de este carácter constitutivamente incompleto que las decisiones tienen que ser tomadas, pero dado que de lo que se trata es del carácter incompleto de las reglas y no de una total ausencia de las mismas, el problema de una fundamentación ética total [...] nunca surge (1996: 143).

Debemos, por lo tanto, pensar lo político-ético tomando como punto de partida la imposibilidad de fundamentos últimos, a la vez que la inevitabilidad de las fijaciones del significado, aunque éstas no sean definitivas. La ausencia de un fundamento definitivo no significa la ausencia total de fundamento alguno, de fundamentos locales y situados (Haraway, 1995) comprometidos con experiencias (Teresa de Lauretis, 1992) e iniciativas colectivas transformadoras en las que se reconstruyen agentes y agencias para la acción política (Diana Fuss, 1999)¹⁰. Desde este punto de vista no podemos hablar de emancipación como una propuesta de liberación con unos contenidos sustantivos prefijados al margen de las prácticas de significación locales y situadas; sí, como un horizonte por construir que tiene como primera condición de posibilidad la renuncia a toda teleología y ontología final, pero que tiene como segundo paso la fijación de nuevos significados y ontologías esta vez ya sin pretensión definitiva.¹¹

La conciencia que ofrece el proceso de desconstrucción recuperando las condiciones de emergencia de lo «*natural*» es en sí misma un objetivo deseable y político, y a él se han de-

¹⁰ El recurso a autoras feministas no es gratuito. Es necesario destacar la relevancia de sus reflexiones para romper la visión dicotómica que obliga a elegir entre las grandes narrativas y un realismo metafísico, o el abismo del nihilismo relativista.

Como Haraway nos dice:

«Creo que mi problema y "nuestro" problema es cómo lograr *simultáneamente* una versión de la contingencia histórica radical para todas las afirmaciones del conocimiento y los sujetos conocedores, una práctica crítica capaz de reconocer nuestras propias "tecnologías semióticas" para lograr significados y un compromiso con sentido que consiga versiones fidedignas de un mundo "real", que pueda ser parcialmente compartido y que sea favorable a los proyectos globales de libertad finita, de abundancia material adecuada, de modesto significado en el sufrimiento y de felicidad limitada» (Haraway, 1995: 321).

Así han generado propuestas sobre el conocimiento, la acción política y las agentes políticas desde posturas no esencialistas (ver, por ejemplo, los trabajos de Judith Butler, Teresa de Lauretis, Diana Fuss, Donna Haraway).

¹¹ En este apartado hemos venido manejando un esquema de argumentación que quizá puede dar a entender una secuencia temporal. Así hemos hablado de un proceso de desestabilización y luego de otro de fijación; de un ori-

dicado los trabajos socioconstruccionistas. Esta labor de desconstrucción no supone un retorno a la situación originaria, sin embargo sirve para redescubrir, a través de nuevas prácticas de poder, el carácter contingente de la objetividad.

Este redescubrimiento permite activar la comprensión histórica de los actos originarios de institución, en la medida en que las formas sedimentadas, que eran consideradas como simple objetividad no cuestionada, se presentan ahora como contingentes y trasladan esa presencia de la contingencia hasta sus orígenes (Laclau, 1993: 31).

Ésta es la vertiente crítica del socioconstruccionismo pero también puede convertirse en su límite para la transformación política. Esto puede ocurrir en la medida en que esta vertiente destructiva se mantenga como la única práctica política posible en un mundo sin certezas definitivas: en la medida en que no se supere la dicotomía que antes se presentaba, en palabras de Haraway (1995) o la «totalización en las ideologías de la objetividad» o el «relativismo ingenuo». La acción política requiere privilegiar determinadas versiones antes que otras.

El relativismo es el perfecto espejo gemelo de la totalización en las ideologías de la objetividad. Ambos niegan las apuestas en la localización, en la encarnación y en la perspectiva parcial, ambos impiden ver bien. El relativismo y la totalización son ambos "trucos divinos" que prometen al mismo tiempo y en su totalidad, la visión desde todas las posiciones y desde ningún lugar, mitos comunes en la retórica que rodea a la Ciencia. Pero es precisamente en la política y en la epistemología de las perspectivas parciales en donde se encuentra la posibilidad de una búsqueda objetiva, sostenida y racional (Haraway, 1995: 329).

El socioconstruccionismo permite desreificar, desconstruir poniendo en evidencia la contingencia de lo social, pero puede resultar inmovilizador por su miedo a reificar el lugar ético-político desde donde se realiza su crítica. Así, debemos pedir a las socioconstruccionistas que expliciten sus reconstrucciones latentes, es decir, las propuestas políticas y

éticas implícitas en sus desconstrucciones. Si a lo que estamos esperando es a un movimiento liberador que no suponga fuerza y violencia (no reificador), podemos seguir esperando. Todo movimiento en cuanto que fijación de lo que está en movimiento, implica una práctica de poder. El movimiento de liberación que busca el socioconstruccionismo no puede venir sólo de desvelar las prácticas políticas que violentan al fijar de un modo determinado la realidad, sino también del reconocimiento de la violencia radical inherente en toda acción política.

III

Este trabajo se ha elaborado en un diálogo crítico con las posiciones socioconstruccionistas. Sin embargo, llegadas a este punto, queremos proponer algunas líneas de reflexión para continuar pensando algunos de los problemas y preguntas planteadas en nuestro análisis. Se trata de abrir caminos para la discusión fijando algún tipo de propuesta tentativa, no de presentar una nueva alternativa de modelo teórico.

En coherencia con los dos ejes en los que se ha estructurado nuestro trabajo, este apartado se refiere, por una parte, a los aspectos ontológicos-epistemológicos implicados en las reflexiones socioconstruccionistas sobre la acción y el conocimiento; y por otra, a los aspectos políticos y éticos que implican estas posiciones.

3. Sobre la acción y su metáfora como construcción

La posición objetivista moderna ha mantenido una visión de la acción como intervención de un agente en el mundo, ahí fuera, dado y «objetivo». La acción se entendería así como «algo que un agente le hace a la realidad» (Pablo Navarro, 1994). Frente a esta concepción,

gen contingente y de un presente de formas sedimentadas; y también de un momento de fundamentación previo a la acción. Sin embargo este esquema se ha planteado únicamente como recurso analítico y explicativo. Asumimos en este análisis que todos estos elementos están presentes simultáneamente en la acción y se reconstruyen en ella.

las posiciones socioconstruccionistas mantienen una visión performativa según la cual la acción sería, no aquello que se le hace a la realidad, sino un proceso mediante el cual la agente «construye» realidad. La metáfora de la construcción, no sólo se refiere ya al conocimiento, sino también a todo tipo de acción.

Ambas visiones sobre la acción separan lo humano/social de lo no-humano/natural manteniendo de esta forma una brecha entre el sujeto humano y la realidad. Para las posiciones objetivistas el mundo está ahí fuera y puede ser representado como un objeto independiente del sujeto. El socioconstruccionismo, como ya hemos puesto de manifiesto, en su intento de desplazar el péndulo acercando el objeto al sujeto, saca a éste último del mundo, como su constructor «omnipotente». Atrapadas en esta ruptura, ambas posiciones tratan de llenar la brecha que han creado, bien mediante teorías que destacan el papel constitutivo de las prácticas humanas, especialmente el lenguaje, bien con algún tipo de teoría representacionista que monta espejos y pantallas para reflejar y representar lo que ocurre al otro lado.

Nuestras reflexiones sobre la acción incorporan la concepción performativa de la acción continuando en la dirección socioconstruccionista, pero no para dar respuestas al modo como establecer relaciones entre las dos partes separadas por la brecha, sino tomando como punto de partida la desaparición misma de ésta. Ni la representación, ni la acción como hacer algo al mundo dado, pero tampoco la construcción, dan cuenta de la acción como proceso compartido y circular. Trataremos de pensar en esta concepción desde otros criterios:

— El sujeto y el mundo; lo social y lo natural, no constituyen esferas ontológicas separadas. Nos encontramos situadas en el mundo que hacemos y nos hace a la vez, la acción no es sólo hacer algo en el mundo, ni hacer el mundo, son las dos cosas simultáneamente. Así, no se trataría de entender la acción como el modo en que el mundo y el sujeto se relacionan, sino como un trabajo común entre actrices diversas que crean conjuntamente el escenario que comparten. Escenario que es la red (en la) que permite (se produce) la acción.

— Tratamos de escapar de la distinción sujeto objeto que sitúa la agencia en uno de estos dos polos preferentes. Ambos comparten responsabilidad en la construcción del mundo. El mundo no es el resultado de un sólo polo de la acción, es resultado de las relaciones entre múltiples actrices. No hablamos de actrices por un lado y de un mundo por otro, sino del mundo como red compartida de relaciones entre actrices humanas y no humanas. No más sujetos constructores y objetos construidos hablemos de actantes o colectivos funcionales constituidos por redes de relaciones entre elementos humanos y no humanos con distintos papeles y agencias.

— Si bien admitimos la contingencia radical del mundo —éste no está dado de acuerdo a ninguna ley o fundamento último—, consideramos que la acción supone situarse en/ante algo que se hace presente como su propia condición de posibilidad, un trasfondo histórico-semiótico-material. La acción emerge siempre en un contexto, que a su vez es desbordado y re-creado en la propia acción. El trasfondo como condición de posibilidad de la acción, no como un espacio del mundo. No hablamos de un ámbito de la realidad preexistente. Es la acción ocurrida la que a posteriori nos permite señalar un trasfondo como contexto previo a la acción.

— En la tradición de las ciencias sociales la acción tiene como punto de partida al sujeto humano. Para nosotras resulta interesante realizar dos desplazamientos para transformar esta prioridad humanística. (1) Desplazar al sujeto humano como antecedente de la acción —multiplicando la agencia incluyendo a humanas y no humanas—. (2) Desplazar al sujeto-agente hacia la agencia, tratando de pensar en la acción ya no desde los personajes sino desde las propias relaciones, «acciones» en las que estos se configuran. En lugar de un personaje como punto de partida éste puede ser sustituido por el de una función en una relación.

Actuar en el mundo supone, por tanto, articularse con otras actantes que se actualizan desde el trasfondo que comparten, fijando alianzas entre diferentes. No se trata de la mera recombinación de elementos predefinidos ya

pre-existentes. No se trata de una relación entre una agente humana que se enfrenta a un mundo compuesto de un conjunto de «objetos mudos», de un «mapa pasivo de rasgos externos». Se trata de relaciones de articulación en las que estas entidades re-construyen sus rasgos en la propia relación.¹² El mundo se fija en estas relaciones entre elementos humanos y no humanos conformando actantes o colectivos funcionales que sostienen, encarnan, fijan el trasfondo. El ser significativo del mundo, su sentido, es el resultado de relaciones de articulación. Y este significado son otras posibilidades de acción futuras, de otros significados, de otras articulaciones¹³.

4. Deconstrucción y emancipación

Las autoras socioconstruccionistas han defendido que la «deconstrucción» constituye la vía fundamental de la actualización del sentido crítico y emancipador de la psicología social, al constituir una estrategia para desvelar el carácter contingente y parcial de las relaciones de poder que sostienen las prácticas de dominación en la vida social. Sin embargo el carácter emancipador de la deconstrucción merece en nuestra opinión ser matizado y completado, en tanto en cuanto la deconstrucción no se puede constituir en un nuevo fundamento de la emancipación. Toda acción de crítica y deconstrucción aplicada a una relación social cualquiera se debe hacer inevitablemente desde alguna parte, toda acción crítica está situada, es decir, tiene un carácter inherentemente reconstructivo al realizarse desde una experiencia situada corporal e históricamente. De ahí el carácter intrínseca-

mente *político* de toda acción crítica, al definir el mundo como contingente y abierto al conflicto y la negociación para la ejecución de la tarea interminable de reconstruir lo que es considerado como real y verdadero.

Creemos que lo político se constituye en esa condición fundamental de desvelar el carácter contingente del mundo, al tiempo que asumimos que esa acción de deconstrucción no implica necesariamente una dimensión *emancipadora*¹⁴. Toda acción de deconstrucción es una acción política, pero el carácter ético emancipador de esa deconstrucción estará en juego en los supuestos desde los cuales se desarrolla la crítica, la emancipación es un atributo de la situación y no de la deconstrucción. Intentaremos presentar estos argumentos en forma separada:

— Asumimos que la deconstrucción es una actividad fundamentalmente política en la cual se muestra el carácter abierto e incompleto del mundo. La constatación de que el mundo no está dado «naturalmente» lo ubica en el centro de las relaciones de fuerza que fijan un orden histórico como natural e inmutable.

— La deconstrucción, como condición evidente de lo político, no se puede entender como una acción independiente de la posición desde la cual se teoriza. No es que la deconstrucción implique necesariamente una posición emancipadora, sino más bien, que toda acción de deconstrucción implica al menos implícitamente una posición de valor, un lugar ético desde el cual se reconstruye la relación que es objeto de la crítica.

— La acción de crítica deconstructiva se hace siempre sobre determinadas formas de relación y no sobre otras. Por lo tanto, siem-

¹² Tomando como referencia la distinción de Laclau y Mouffe (1987) entre elementos y momentos, consideramos que no se puede entender el trasfondo como un espacio de «elementos» puros –sin articular– sino como «momentos» que se constituyen en relaciones de articulación entre la que se incluye la propia acción en la que se constituye como trasfondo. Por tanto, no es posible acción sin trasfondo pero tampoco trasfondo sin acción.

¹³ Bajo esta idea de acción como articulación convergen diferentes propuestas y reflexiones de autoras como Laclau y Mouffe (1987), Latour (2001), Haraway (1999), o incluso Varela (1988) con su concepto de «enacción». No es el objetivo de este texto desarrollar a fondo estas ideas y sus posibilidades de conexión, simplemente las apuntamos como posibles líneas de reflexión.

¹⁴ Tratamos de escapar de una noción clásica de emancipación que cierra la promesa de un mundo mejor en torno a un proyecto teleológico determinado de acuerdo a fundamentos últimos. Manteniendo la dimensión de promesa, pero sin metafísica, la emancipación que defendemos se construye como horizonte abierto, que nunca se alcanza, a partir de actos concretos: no como expresión de un fundamento último.

pre está implícito en un ejercicio de desconstrucción una ética o un proyecto parcial e incompleto de reconstrucción. Incluso resultaría plausible asumir que hay evidentes esfuerzos emancipadores en las prácticas de desnaturalización de distintas relaciones de dominación que sostienen el orden moral, social y político. Sin embargo, la desconstrucción no implica un fundamento suficiente para una ética emancipadora, pero sí constituye una condición necesaria para un ejercicio de reconstrucción comprometido con la perspectiva de las posiciones oprimidas. Al no existir sólo una posibilidad de desconstrucción, el atributo liberador de la acción está determinado por los fundamentos parciales que construyen un lugar implícito de reconstrucción. De ahí lo importante de hacer explícito la reconstrucción silenciosa que se hace del mundo en toda acción de desconstrucción.

— La denuncia desde una posición situada del carácter histórico y no natural de las relaciones de fuerza que sostienen experiencias de dominación o exclusión, a veces resulta insuficiente para aquellos grupos políticos que demandan acciones políticas «concretas y urgentes» (Kitzinger, 1999).

— Por un lado, si queremos un mayor compromiso con la transformación de las relaciones de dominación, la desconstrucción requiere de una acción explícita de generación de alternativas. Se hace evidente, por tanto, la urgencia de abrir nuevos registros de identificación/acción para enfrentar una situación que no termina con la mera toma de conciencia de la contingencia de las situaciones de opresión. De ahí lo relevante de hacer definiciones y propuestas responsables y comprometidas en una política de desconstrucción que pretenda contribuir a un proyecto emancipador: toda acción de desestabilización de una relación de dominación requiere de una propuesta de reconstrucción que «okupe» con una estética y una ética alternativa los espacios donde se lucha por las transformaciones de las relaciones de dominación.

Las luchas de poder siempre están presentes en diferentes espacios de acción, y es en este terreno en el que hay que actuar comprometiéndose con alternativas prácticas concretas si no queremos caer en el inmovilismo simétrico. La desconstrucción empieza desde la crítica a unas prácticas concretas, nuestra propuesta es que termine en el mismo terreno de las prácticas.

Se debe asumir que una reconstrucción éticamente emancipadora pasa inevitablemente por conflictos de fuerza-convivencia-contradicción con las relaciones que sostienen, defienden y perpetúan las relaciones de dominación. Esto lleva implícito el reconocimiento de dos situaciones:

Por un lado, la desconstrucción se encuentra en la paradoja de usar los viejos términos que pretende transformar. Se trata de re-utilizar la propia racionalidad que se critica para desmontarla. En este sentido siempre conviven los viejos sentidos criticados con las nuevas propuestas alternativas (pero ahora bajo el término «barrado»). El problema que se plantea es la línea frágil que separa la transgresión de la reproducción. Es decir, la confusión entre viejos y nuevos usos de palabras que se desplazan entre la sedimentación y la desconstrucción (entre identidades esenciales por ejemplo o identidades «barradas» utilizadas de forma estratégica). El nivel de compromiso con prácticas concretas que estamos demandando está atrapado también en esta paradoja, mientras que se pretende transformar una relación de dominación sedimentada contribuimos a reconstruirla, es decir a mantenerla a la vez que transformarla.

Por otro lado, la desconstrucción —no emancipadora en sí misma— debe convivir en espacios de acción donde posiciones ontológicas fuertes adquieren en el terreno de lo urgente un carácter emancipatorio mucho mayor¹⁵. Las políticas de gays y lesbianas, el feminismo, las luchas de clase y las luchas anti-racistas, los conflictos interculturales o las acciones de re-

¹⁵ Un ejemplo de ello es la aplicación de pruebas de distinta índole en Alemania para «demostrar» la homosexualidad «identitaria fuerte» como base legal que permita la concesión de asilo para aquellas personas procedentes de países que castigan con la pena de muerte u otras penas la homosexualidad (Encarnación Gutiérrez Rodríguez, 2001). Véase para otras políticas de lo urgente de gays y lesbianas, Kitzinger (1999).

sistencia ante la violencia de los diversos absolutismos, han avanzado en determinados momentos de su historia mediante propuestas «metafísicas» fuertes. Es en estos espacios de acción paradójicos donde las posturas desconstruccionistas se sitúan entre lo político y lo emancipador, entre lo importante y lo urgente, entre la epistemología y la estrategia ética y política.

5. ¿Desestabilizar el significado versus transformar la estructura?

Desde la concepción que hasta aquí se ha presentado sobre lo político y la acción que hemos acercarnos al debate en el que se ha visto involucrada la psicología social construccionista y lo que podemos denominar «discursos emancipadores fuertes».

Las propuestas postmodernas de «liberación» se refieren, a la desestabilización/fijación del significado como el terreno de la acción política (aquí podemos incluir al construccionismo social). Sin embargo, las propuestas de emancipación marxistas clásicas consideran que las propuestas postmodernas eluden las condiciones materiales de existencia, reclamando por lo tanto la transformación de las condiciones estructurales objetivas. Las reflexiones postestructuralistas han cuestionado seriamente la posibilidad de una estructura exterior a la acción humana. Pero frente a la simplificación desde la que este movimiento puede ser considerado (por ejemplo desde el tipo de «construccionismo omnipotente» que hemos criticado), podemos plantearnos cómo relacionar «desestabilizar el significado» y «transformar la estructura» reconociendo que la realidad-estructura y sus significados no son separables.

¿Son verdaderamente dos tipos de acción política excluyentes?¹⁶ Sí, si seguimos planteando la dicotomía significado/estructura, puesto que desestabilizar el significado sería sólo modificar nuestra forma de interpretar la

realidad, sin cambiar en manera alguna lo que la realidad es «realmente.» Pero si mantenemos, como sugerimos en este escrito, que significación y realidad no pueden separarse, «desestabilización del significado» y «transformación de las condiciones materiales» no son dos acciones excluyentes.

Se abre así la posibilidad de alianzas en torno a demandas y estrategias concretas entre «desestabilizadoras del significado» y «transformadoras de la estructura» actuando en situaciones concretas sobre, por ejemplo, cómo desde la desestabilización del significado cambian lo que consideramos condiciones materiales; o cómo desde el cambio de las condiciones materiales cambian los significados. También se puede plantear desde esta perspectiva, cómo se construyen discursivamente las condiciones materiales; o cómo el cambio de las condiciones materiales es a su vez un cambio semiótico; o incluso, cómo el cambio semiótico es también un cambio material.

IV

En este trabajo hemos retomado y revisado algunos de los presupuestos y motivaciones del construccionismo social. Desde algunos de ellos seguimos sosteniendo la necesidad de una mirada no esencialista, entre otras razones, por el potencial autoritario que conlleva una ontología metafísica, como la que se ha sostenido y se sostiene desde posiciones positivistas. Sin embargo, como compañeras de camino en muchos de los propósitos construccionistas, creemos que hay algunos elementos que conviene revisar para facilitar su compromiso crítico.

Así, hemos cuestionado una cierta priorización del polo subjetivo y social que se sustenta en presupuestos que mantienen una brecha entre mundo (objeto) y sujeto (distancia que sería reducida por las humanas mediante el lenguaje). Nos referimos a ello con la idea de «construccionismo omnipotente».

¹⁶ Respecto a la fundamentación de una distinción analítica entre «políticas de reconocimiento» y «políticas de redistribución», ver Nancy Fraser (1997, 2000) y los debates con Judith Butler (2000) e Iris Marion Young (1997) criticando el dualismo de su propuesta entre cultura y economía política y el posicionamiento de las políticas de gays y lesbianas como «meramente culturales».

Retomamos la noción de trasfondo y desenzimamos a los agentes implicados en su reconstrucción para tratar de superar la ontología dicotómica que mantiene como términos diferentes lo natural y lo social, lo material y lo semiótico. Esta distinción es cuestionada desde la mirada sobre/en la realidad que considera a ésta como el resultado de la articulación entre agentes y agencias bajo la denominación de actante. La acción como construcción destacaba un polo construido y otro constructor, hemos tratado de pensar en la acción como articulación, en la que se subvierte esta distinción entre constructoras y construidas.

También hemos abordado algunos deslizamientos inmovilizadores que pueden derivarse de algunas lecturas construccionistas en el terreno de lo político. Nuestros esfuerzos han ido dirigidos a distanciarnos de las posiciones absolutistas, tanto de las que buscan un fundamento último, como las que se ven atrapadas en el único ejercicio de desestabilización de todo fundamento incluso de los más parciales, temporales y situados.

La tarea crítica-reflexiva en la que se inscribe este trabajo no consiste en alcanzar el punto de vista adecuado, sino en no dejar de transitar por la tensión inestable preguntar-responder. Este texto, por tanto, no puede estar terminado.

6. Referencias bibliográficas

- BURR, Vivien (1998): «Overview: Realism, relativism, social constructionism and discourse», en Ian Parker (comp.), *Social Constructionism. Discourse and Realism* (13-25). Londres, Sage Publication.
- BUTLER, Judith (2000): «El marxismo y lo meramente cultural», *New Left Review*, 2: 109-122.
- CRESPO, Eduardo (1995): *Introducción a la Psicología Social*, Madrid, Universitas.
- DE LAURETIS, Teresa (1992): *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*, Madrid, Cátedra [1984].
- DERRIDA, Jacques (1997): *Fuerza de ley. El «fundamento místico de la autoridad»*, Madrid, Tecnos.
- DOMÈNECH, Miquel (1998): «El problema de «lo social» en la Psicología Social. Algunas consideraciones desde la Sociología del Conocimiento Científico», *Revista Antrophos*, 177: 67-72.
- FRASER, Nancy (1997): *Iustitia Interrupta*. Santafé de Bogotá, Colombia, Siglo del Hombre/Universidad de los Andes.
- (2000): «Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo: una respuesta a Judith Butler», *New Left Review*, 2: 123-136.
- FUSS, Diana (1999): «Leer como una feminista», en Neus Carbonell y Mari Torras (comp.), *Feminismos Literarios* (127-146). Madrid, Arco Libros.
- GARCÍA SELCAS, Fernando J. (1994): «Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad», en Juan M. Delgado y Juan Gutiérrez (comp.), *Metodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (493-527). Madrid, Síntesis.
- GERGEN, Kenneth (1985): «The Social Constructionist Movement in Modern Psychology», *American Psychologist*, 40: 266-275.
- (1996): *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*, Barcelona, Paidós.
- GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, Encarnación (2001): «Políticas queer en el exilio y en la inmigración», *VII Congreso Español de Sociología*, FES, Salamanca.
- HARAWAY, Donna J. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra. [1991].
- (1999): «Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiables/dos», *Política y Sociedad*, 30: 121-163.
- IBÁÑEZ, Tomás (1996): *Fluctuaciones conceptuales en torno a la postmodernidad y la psicología*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- (1997): «Why a critical social psychology?», en Tomás Ibáñez y Lupicinio Iñiguez (ed.), *Critical Social Psychology* (27-41), Londres, Sage.
- (2001): *Muníciones para disidentes. Realidad-Verdad-Política*, Barcelona, Gedisa.
- KITZINGER, Celia (1999): «Lesbian and gay psychology: is it critical?», *Annual Review of Critical Psychology*, 1: 50-66.
- LACLAU, Ernesto (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Nueva Visión [1990].

- (1996): *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Ariel.
- y MOUFFE, Chantal (1987): *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid, Siglo XXI [1985].
- LATOUR, Bruno (2001): *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona, Gedisa.
- LYOTARD, Jean-François (1989): *La condición posmoderna*. Madrid, Cátedra [1977].
- MOUFFE, Chantal (1999): *El retorno de lo político*. Barcelona, Paidós [1993].
- NAVARRO, Pablo (1994): *El holograma social*. Madrid, Siglo XXI.
- PUTNAM, Hilary (1994): *Las Mil Caras del Realismo*. Barcelona, Paidós.
- ROMERO BACHILLER, Carmen (2003): «Los desplazamientos de la "raza": de una invención política y la materialidad de sus efectos», *Política y Sociedad*.
- VARELA, Francisco (1998): *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales*. Barcelona, Gedisa [1988].
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1988): *Investigaciones filosóficas*. Barcelona, Crítica.
- YOUNG, Iris Marion (1997): «Unruly Categories: A Critique on Nancy Fraser's Dual Systems Theory», *New Left Review*, 222: 147-160.